

1

OLIVE

Hasta el día que conocí a Jason Thorn, mis sueños estaban llenos de nubes blancas y mullidas, preciosos vestidos de color rosa, sabrosas tartas de manzana, y, por supuesto, también aparecía en ellos el hermano mayor de nuestra vecina, Kara.

—No quiero oír ni una palabra más al respecto, Jason. Cielo, puedes quedarte aquí siempre que quieras.

Estaba a punto de bajar para ayudar a mi madre a poner la mesa cuando aquellas voces llegaron hasta mí haciendo que me detuviera en seco.

—¿Ves? Ya te he dicho que no pasaba nada. Venga, vamos a mi habitación.

—Espera, Dylan. No vayas tan rápido.

Oí el apagado tintineo de la taza de café de mi madre cuando la dejó en la encimera de la cocina unos segundos después.

—Jason —volvió a hablar de nuevo—, ¿estás seguro de que no quieres que llamemos a nadie? Quizá deberían examinar a tu madre para asegurarse de que esté bien, o podemos avisar a tu padre y decirle que pasarás la noche en casa con nosotros. Estoy segura de que se preocupará si llamara a tu casa y no lograra hablar con ninguno de vosotros dos.

Mi madre era una mujer tierna y compasiva, tan buena que parecía que tenía el corazón de brillante oro líquido. Había oído cómo mi abuelo se lo decía innumerables veces por soportar a mi padre, así que debía de ser cierto; o eso pensaba con mi mente infantil. Aunque mi madre tenía también una parte que la hacía volverse salvaje, ya que protegía ferozmente a los que consideraba parte de su familia.

Dejando eso a un lado, era una novia feliz, como a mi padre le gustaba llamarla, pues poseía una forma secreta de hacer sonreír a cualquiera, incluso cuando estaban tristes por algo. Lo sabía porque siempre me hacía reír cuando íbamos al dentista, que era el lugar

más aterrador para una niña de seis años (¡casi siete!). Si estabas con ella, no tardaba en conseguir que sonrieras en poco tiempo.

No solo tenía ese efecto en mi hermano y en mí, sino que conseguía lo mismo con mis amigas. Cada vez que era ella la que venía a recogernos al colegio, todas la miraban con una enorme sonrisa tonta en la cara. En realidad, ahora que lo pienso, me recordaron a Buzz, el cachorro que Kara tenía desde hacía unas semanas. ¡Oh, me encantaba ver al hermano de Kara, Noah, jugando con ese cachorro! Siempre imaginaba que acabaríamos teniendo algunos cachorros como ese después de que me pidiera que me casara con él.

Suspiré...

De todos modos, no me permitían tener un cachorro, y, por supuesto, nunca se me habría ocurrido introducirlo en casa cada vez que mi madre saliera —shh, no se lo digas a nadie—, pero sí vi las monerías que hacía el perrito cuando quería algo de Kara.

En general, en aquella época creía que era difícil ser niño, pero tener una madre como la mía hizo que todo me resultara un poco más fácil. Por eso siempre he querido ser como ella. Quería hacer felices a las personas, que se olvidaran de sus preocupaciones durante un tiempo, ser su sol como ella era el nuestro.

Había habido solo un pequeño problema...: el hecho fundamental de que yo no tenía un corazón de oro y tampoco que nunca se me había dado bien ser pacífica o elegante, aunque mi madre era el epítome de esos rasgos.

Sin embargo, no era culpa mía; siempre era Dylan el que me provocaba. Si hubiera que repartir culpas, estas caerían directamente sobre los hombros de Dylan, no sobre los míos.

Dylan era mi hermano mayor, el que seguía fastidiándome, y lo había hecho, probablemente, desde el día en que nació. Por desgracia, no recordaba los primeros años de mi existencia, pero estaba segura de que él también se había pasado conmigo en esa época. Según me habían contado mis padres unos días después de que me trajeran del hospital a casa, les había dicho que habrían debido devolverme al lugar en el que me habían encontrado, junto a los contenedores de basura.

¿Os lo podéis creer? Mi querido hermano mayor...

Ni siquiera había terminado todo eso con una inteligente amenaza velada. Me recordé a mí misma el día que se había puesto a

correr con mi cochecito por el parque, conmigo dentro. ¿Por qué? Seguramente para matarme de un infarto.

A una edad temprana, llegué a la conclusión de que no podría tener un corazón de oro hasta que Dylan dejara de provocarme. Cada vez que él estaba cerca, era probable que hiciera o dijera algo y que yo perdiera la calma, lo que nos llevaba a pelearnos a gritos.

Y no había nada divertido en gritarle a alguien porque no quería jugar a los caballitos conmigo.

Las palabras de Jason —que él parecía haber elegido cuidadosamente— me trajeron de vuelta al presente; un presente en el que estaba pegada a la pared, justo a la izquierda de la escalera, escuchándolos a escondidas.

—Gracias, señora Taylor, pero no creo que a mi padre le importe dónde voy a pasar la noche. Y... mmm... estoy seguro de que mi madre estará bien por la mañana. Estoy convencido de que se ha quedado dormida. En realidad es culpa mía; debería haber mirado la hora para llegar a casa antes de las seis.

—Estábamos jugando a la pelota en la calle, Jason. Justo enfrente de tu casa. No creo que sea culpa tuya. ¿Y quién se va a dormir a las seis, mamá? Incluso Olive se queda despierta hasta más tarde.

—Dylan —dijo mi madre en voz baja antes de suspirar.

Sonreí, sintiéndome orgullosa. Podía quedarme despierta hasta mucho tarde. A veces, incluso me dormía a las nueve.

Hubo un completo silencio durante unos momentos, y luego las patas de la silla rozaron el suelo cuando alguien se levantó de la mesa.

—Jason, vamos a ver... —La voz tensa de mamá rompió el denso silencio. ¿Quién era ese chico al que llamaban Jason? ¿Quizá era el hijo de los vecinos que se habían mudado al otro lado de la calle hacía unos días? ¿Cómo era posible que Dylan no me hubiera presentado a su nuevo amigo?—. Siempre serás bienvenido en esta casa. Quiero que lo recuerdes siempre, ¿de acuerdo?

—Gracias, señora Taylor. Se lo agradezco mucho.

—¿Por qué no vais a lavaros mientras preparo la cena? Después llamaremos a tu padre para que sepa que estás bien.

—Eso no es necesario, de verdad...

—Digamos que es para mi propia tranquilidad.

—Vamos, Jason —oí que murmuraba mi hermano—. Quiero enseñarte el videojuego que me ha comprado mi padre.

Oh, hablando de eso... Siempre había pensado que era muy grosero por su parte guardar bajo llave todos sus juguetes. Nunca me dejaba jugar con él.

Me di la vuelta, a punto de volver corriendo a mi habitación para ver quién era ese chico nuevo a través de la ranura de la puerta, pero me detuve al oír la voz de mi madre.

—Dylan, ¿antes puedes quedarte a ayudarme a poner la mesa? Luego podrás jugar con Jason arriba hasta que os llame para cenar.

—Claro, mamá —respondió mi hermano con docilidad—. Jason, el cuarto de baño es la segunda puerta a la izquierda. Mi habitación está al lado. No tardaré.

—¿Hay algo en lo que pueda echar una mano, señora Taylor? Me gustaría ayudar...

—Oh, eres un encanto, Jason. ¿Qué te parece si eres nuestro invitado por esta noche, y cada vez que vengas a partir de hoy me ayudes tú también? ¿De acuerdo? Y de ahora en adelante llámame Emily.

—Está bien, señora Tay... eh... Emily. Muchas gracias por dejarme quedarme aquí esta noche. Dylan, te esperaré en tu habitación. —Y comenzó a subir la escalera.

Me quedé quieta y esperé pacientemente a que el dueño de esos pasos llegara hasta donde yo estaba. Como Dylan no iba con él, podía saludarlo y darle la bienvenida a nuestro barrio sin tener problemas.

Aggg, Dylan... Que fuera cuatro años mayor que yo no lo convertía en mi jefe.

¿Sería rubio? Quizá tendría ojos y cabello castaños y sería un bombón, justo como el hermano mayor de Kara, Noah, que había cumplido dieciocho años hacía unas semanas. Mi madre pensaba que era demasiado mayor para mí, pero también me había dicho una vez que una niña siempre debe soñar a lo grande. Aunque adoraba a mi madre, era evidente que no siempre tenía razón.

De todos modos, dado que Jason parecía haberse convertido en amigo de Dylan, dudaba mucho que fuera el chico apropiado con el que ponerme a soñar.

De repente, noté algo raro en el estomago, algo inexplicable. Fruncí el ceño y me estiré el vestido. Fuera o no amigo de Dylan, lo habían invitado a nuestra casa, y pensaba que debía darle la bienvenida, ya que parecía estar muy nervioso por quedarse con nosotros.

Tommy, uno de mis mejores amigos del colegio, creía que algún día nos casaríamos, pero nunca le había dicho que sí. No había llegado a emocionarme cada vez que jugábamos a las citas.

Las zapatillas deportivas fue lo primero que vi de Jason. Todavía las recuerdo bien: blancas y muy limpias para un chico de su edad. Se me ocurrió que quizá no sería tan malo como otros amigos de Dylan, y que no se burlaría de mí.

Compuse mi mejor sonrisa y levanté la cabeza lentamente para mirarlo a los ojos. Sus pasos vacilaron cuando me vio escondida junto a la pared. Lo miré con intensidad y la sonrisa se me desvaneció poco a poco mientras me quedaba boquiabierta.

¿Jason? ¿Jason qué?

¿Mariposas? ¿Esos pequeños aleteos que sentía en el estómago eran aleteos de mariposas? ¿De los que me había hablado mi madre? Sin duda lo parecían. Miles de mariposas ¿Eran las mismas que había sentido mi madre cuando conoció a mi padre?

¿Cómo se apellidaba ese niño?

Quería —no, tachad eso—, necesitaba llevar su apellido.

Y no al día siguiente ni diez o veinte años después. Necesitaba que sucediera ese mismo día, justo en ese momento, para ser exactos.

Al verme, pareció sorprendido durante un segundo, pero se recuperó más rápido que yo. Me brindó una sonrisa preciosa que hizo aparecer un hoyuelo en su mejilla izquierda.

—Tienes un hoyuelo. —Solté el aire, totalmente perdida en esa pequeña parte de su cara. Fue casi mágico.

Cerré la boca y sentí que el calor subía a mis mejillas. Logré devolverle la sonrisa, aunque fue de forma temblorosa.

—Hola, peque. Debes de ser la hermana de Dylan. Soy Jason.

—Hola —le saludé con timidez, al tiempo que le hacía un gesto.

Su sonrisa hizo que se le marcara el hoyuelo, y sentí que volvía a ponerme roja. Me puse un mechón de cabello suelto detrás de la oreja, y sonreí.

¡Oh, Dios!

Era guapísimo...

Me aclaré la garganta y le tendí la mano, tal como había visto hacer a mi padre cuando conocía a alguien nuevo.

—Yo soy Olive. Mis amigos me llaman Liv u Oli porque piensan que tengo un nombre raro.

Me miró la mano al tiempo que arqueaba una ceja y luego clavó los ojos en los míos mientras me la cogía.

—¿Y ahora? —preguntó mientras yo asentía con entusiasmo, ocultando la mano detrás de la espalda otra vez—. Peque, creo que tienes un nombre muy bonito. Es difícil que cualquiera se olvide de un nombre como Olive. También son muy bonitos esos ojos verdes que tienes. Así que diría que el nombre te queda perfecto.

¿Bonitos?

¡¿Bonitos?!

No iba a volver a lavarme la mano.

Mi sonrisa se hizo todavía más grande, y creo que ese fue el momento en el que me enamoré de aquel misterioso chico que tenía un hoyuelo adorable y que iba a pasar la noche en la habitación de enfrente.

—¿Eres el vecino nuevo? —pregunté. Tenía que ser nuestro nuevo vecino. Era preciso que volviera a verlo.

—Sí, nos mudamos la semana pasada.

Asentí. Era una buena noticia, pues supondría que podríamos pasar más tiempo juntos.

—Ya que te gusta mi nombre, ¿te gustaría casarte conmigo? —solté a bocajarro.

Se puso rojo y abrió y cerró la boca varias veces.

—¿Qué? —dijo finalmente, riéndose.

Me encogí de hombros.

—Mi padre no quiere que me case hasta dentro de por lo menos treinta años, pero creo que no deberíamos esperar tanto. Así que dime: ¿podemos casarnos antes?

Se rascó la cabeza, lo que logró que incluso pareciera más guapo.

—Peque creo que somos demasiado jóvenes para casarnos.

Abochornada, me miré los pies.

—Mi padre también me dice eso. Siempre he pensado que me casaría con Noah, el vecino, pero a mis padres no les gusta la idea. Hasta mi madre piensa que es demasiado mayor para mí. Sin embargo, creo que vamos a esperar a seas mayor. —Asentí casi para mí misma—. Pero espérame tú también. ¿Vale? Voy a bajar a ayudar a mamá con la cena. Dylan siempre lo fastidia todo. Ya sabes... —comenté, agarrándome las manos a la espalda mientras posaba los ojos en sus zapatos—. La he ayudado con la tarta de manzana

y también con la crema de vainilla. Me aseguraré de que te toque la porción más grande. Te encantará, y te serviré a ti el primero.

Por aquel entonces pensaba que el tema de la comida era muy importante para los chicos porque mi padre siempre había apreciado una buena comida casera. Y esperaba que, dado que mi pequeño corazón se había enamorado por primera vez, Jason también se enamorara de mí después de probar la tarta.

Se rio entre dientes y me levantó la barbilla con el dedo. Sorprendida ante el contacto, alcé la cabeza con los ojos muy abiertos. Cuando vi su rostro sonriente, tuve que morderme el labio para no babear como una niña pequeña, lo que seguramente le confirmaría que me había enamorado de él.

—Gracias, peque Estoy seguro de que si tú has echado una mano, estará deliciosa. Mejor te dejo que te vayas. Nos veremos en la cena.

Al pasar junto a mí para ir al baño, me dio un tironcito del pelo y su sonrisa se hizo todavía más profunda.

Me apreté las manos para no despedirme de él suspirando, como hacía mi amiga Amanda cada vez que veía a Dylan.

Pero por dentro me sentía en las nubes.

Me había tocado el pelo.

Me había tocado la barbilla y me había mirado a los ojos.

Jason.

Nuestro nuevo vecino, el de los hoyuelos. Me había tocado.

¡Oh...!

Estaba casi segura de que él también se había enamorado de mí. Es decir, si no fuera así, ¿por qué me había sonreído, me había mirado a los ojos y me había tocado?

¿Verdad?

¡¿Verdad?!

2

OLIVE

SIETE AÑOS DESPUÉS...

—Gracias por dejarme tu teléfono, Amanda —susurré mientras me escondía en el armario.

—¿Por qué hablamos con susurros?

—Para que Dylan y Jason no puedan escucharme.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? Es decir, venga, Olive, ¿y si se da cuenta de que eres tú quien está enviándole los mensajes?

—Quiero que se dé cuenta de que soy yo. —Lo pensé durante un segundo, y luego cambié de opinión—. Bueno, vale, quizá no sea lo mejor al principio, pero al final lo sabrá.

Amanda suspiró al otro lado de la línea.

—No sé si será una buena idea, Liv. ¿Y si se lo dice a Dylan? —Contuvo la respiración—. ¿Y si reconoce el número y piensa que soy yo?

—Oh, basta... ¿Cómo van a reconocer el número de tu primo? Si no abres la boca, nadie lo sabrá. Y es solo por esta noche. No le volveré a enviar más mensajes. Mis padres han salido y él se queda a dormir, es el momento perfecto.

—¡Olive! —Mi hermano dio un golpe en la puerta de mi habitación—. Ha llegado ya la pizza, y si no bajas ya, acabarás encontrando la caja vacía.

—Claro, venga, rómpeme la puerta —murmuré por lo bajo antes de abrir la puerta del armario—. ¡Ya voy! —grité—. Vale, voy a bajar ya. ¿Qué hora es? —pregunté a Amanda, levantándome del suelo.

—Las nueve. ¿Cuándo le enviarás el mensaje? Tienes que decirme todo lo que te va poniendo.

—No puedo enviarte ningún mensaje mientras me escribo con él. Estaré demasiado emocionada. Te llamaré mañana para decirte cómo ha ido todo.

—No, entonces iré a desayunar a tu casa; quién sabe cuándo se te ocurrirá llamarme. Además, tengo que devolverle el teléfono a mi primo. Se va mañana por la tarde.

—Vale, entonces nos vemos mañana. Deséame suerte.

Lancé el teléfono sobre la cama, respiré hondo y me miré en el espejo. Mi pelo, de color rubio rojizo, me caía sobre los hombros formando suaves ondas, me brillaban los ojos y tenía la cara roja ante la posibilidad de lo que podría llegar a suceder más tarde, esa misma noche.

Bajé la vista a mis manos temblorosas y me reí para mis adentros.

Lo único que iba a pasar esa noche era que le enviaría a Jason un mensaje y chatearía con él como si fuera otra persona, como una admiradora. Llevaba días planeándolo. Iba a enviarle un mensaje manteniendo, por supuesto, mi identidad en secreto, a ser posible cuando Dylan no estuviera con él, y luego me limitaría a hablar con él. Quizá podría preguntarle quién le gustaría que fuera su admiradora secreta... ¿No sería una pasada que me dijera que yo?

Hasta ese momento, el plan estaba funcionando a la perfección. Dependiendo de cómo fuera el resto de la noche, haría mi siguiente movimiento.

—¡Olive! —rugió mi hermano desde abajo.

Respiré hondo, cerrando los ojos, escondí el teléfono debajo de la almohada y salí de mi habitación.

—¿Por qué gritas? Ya te he dicho que bajaba ahora —solté cuando vi a Dylan sentado a solas frente al televisor.

—Sirve las bebidas y saca la pizza —me respondió, sin siquiera mirarme.

—¿Y no puedes levantarte y hacerlo tú mismo? —repuse.

—Hazlo de una vez. Está a punto de empezar la película.

Abrí la boca para...

—Hola, peque —me susurraron al oído, haciéndome pegar un brinco.

—Jason —suspiré, al tiempo que me llevaba las manos al pecho para que el corazón no se me saliera por la boca—. Me has asustado.

Él se rio entre dientes, y apareció su hoyuelo.

—Lo sé.

Me reí; mis ojos brillaban llenos de amor por el chico al que había conocido hacía ya siete años.

Me tiró de un mechón de pelo, me guiñó un ojo y pasó junto a mí con una botella de agua fría en la mano. Luego empujó a Dylan y se sentó a su lado.

—¿Quieres algo más que agua? —pregunté, mirando el asiento que quedaba al lado de Jason.

Me sonrió girando la cabeza.

—Gracias, preciosa. Me vale con agua.

Me derretí de pura felicidad y me transformé en un charco en la alfombra favorita de mi madre.

—Deja de coquetear con mi hermana, imbécil —murmuró Dylan, pero yo estaba demasiado ensimismada en mis sueños para decirle a Dylan que se callara; además, no iba a hacerme ni caso.

Fui a buscar el refresco para Dylan y algunos platos de papel para la pizza, y luego volví a la sala de estar.

—Sírvelo tú mismo —le dije a mi hermano, dejándole la botella con demasiada fuerza sobre la mesa—. ¿Cuántas porciones quieres, Jason? —le pregunté a este, arrodillándome en el suelo, sin mirarlo a los ojos.

—Ya estamos otra vez —murmuró mi hermano con un suspiro.

No le gustaba que siempre le diera a Jason la primera porción de pizza, de tarta, de pastel o de cualquier otro tipo de comida.

Jason puso la botella de agua en la mesa y se acercó para ayudarme a levantarme.

—No te sientes en el suelo. —Me llevó al sofá—. Yo me encargaré de la pizza.

Dejándome caer junto a él, permití que la dividiera entre los tres.

—¿Dos porciones? —preguntó, dándome la primera.

«Corazón mío, no te alteres...».

—Sí, gracias.

Cuando se echó hacia atrás y me brindó otro guiño rápido, me olvidé por completo de mi pizza y me deleité en que estaba a punto de pasar dos horas sentada justo al lado de Jason, mientras veíamos una película. Era la noche perfecta para enviarle un mensajito.

—¿Qué vamos a ver? —pregunté, dándole un mordisco a la enorme porción.

—Algo en lo que no tienes ni voz ni voto. Ya nos vamos a pasar el viernes por la noche cuidándote, así que no puedes ayudar a elegir la película.

—No seas imbécil, Dylan —murmuró Jason con la boca llena.

—¿Quieres decir que prefieres quedarte esta noche en casa en lugar de salir con las chicas?

Cuando mis ojos se llenaron de lágrimas de vergüenza y algo más que no pude entender, dejé el plato en la mesa e intenté levantarme, pero Jason me lo impidió.

—Niños... —dijo en un tono similar al de mi padre. Todavía me envolvía la muñeca con su cálida mano, obligándome a quedarme sentada, o más bien inmóvil—. Le he prometido a Emily que me ocuparía de que hoy no os matarais el uno al otro. Así que dejadlo ya y poned la película. Esas chicas seguirán ahí mañana, Dylan.

Me aclaré la garganta para llamar su atención a pesar de que seguía sintiéndome humillada.

—No tenéis que fastidiaros por mí. No va a pasarme nada, Dylan. Ya sabes que no me importa quedarme sola.

Dylan finalmente negó con la cabeza mientras me miraba a la cara y cogía su plato.

—No, no pasa nada. Jason tiene razón; esas chicas seguirán ahí mañana, y hace semanas que queremos ver esta película. Este es un momento tan bueno como cualquier otro.

Mientras empezaba la película y los dos se acomodaban, toda la excitación que había sentido esa noche se fue diluyendo poco a poco.

Cuando Dylan se levantó de un salto para apagar las luces, yo todavía estaba jugando con el plato de papel en el regazo.

¿Jason tendría novia?

Estaba segura de que no. Tampoco Dylan la tenía, al menos desde que había roto con Vicky.

—No te preocupes, peque, no es una película de terror ni nada. Es de acción, te gustará —me susurró Jason al oído antes de que Dylan volviera a sentarse.

Al escucharle usar el apodo por el que siempre le gustaba llamarme, logré esbozar una sonrisa sincera en mi rostro al mirarlo.

—Gracias. Podéis iros después de la película, ¿sabes? No se lo diré a mis padres cuando vuelvan mañana.

—¿Estás de coña? Me había hecho a la idea de pasar una noche tranquila. Una pizza y una película al lado de una preciosa chica de ojos verdes. —Me dio un ligero empujón con el hombro—. No tengo la culpa de que tu hermano sea imbécil.

Dylan apagó las luces y volvió a su sitio. Por suerte, cuando me derretí esta vez, formando otro charco, estaba en el sofá no tan favorito de mi madre. Permanecí allí quieta hasta el final de la película, porque el hombro de Jason estuvo pegado al mío todo el tiempo.

Estuve a punto de morir de sobrecarga sensorial, y todavía tenía una sonrisa tonta en la cara mientras iba a mi habitación por la noche.

Había llegado el momento de empezar a mandar mensajitos...

Alrededor de la una y media de la madrugada, cuando estaba acurrucada bajo las sábanas, oí que se abría y se cerraba por segunda vez la puerta del dormitorio de Dylan. La televisión de su habitación seguía encendida, pero hablaban en voz baja. O no querían despertarme o estaban a punto de irse a dormir, aunque dudaba mucho que fuera ese el caso.

Cogí el teléfono de debajo de mi almohada, tratando de controlar la respiración y los erráticos latidos de mi corazón.

Por mucho que me muriera por enviarle un mensaje a Jason, también estaba asustada.

Envié rápidamente el primer mensaje de la noche con unos dedos tan fríos como el hielo.

«Hola, Jason».

Original, lo sé.

Esperé a ver si oía sonar su móvil, pero no percibí nada. Con el corazón en la garganta, me senté en la cama y dejé caer la cabeza contra el cabecero. Quizá Amanda tenía razón. Tal vez no fuera la mejor idea del mundo...

«¿Quién eres?».

Casi solté un chillido cuando el teléfono se me encendió en la mano silenciosamente. En la oscuridad de mi habitación, un inex-

plicable escalofrío atravesó mi cuerpo, y comencé a hablar con Jason como si no lo conociera.

«No creo que supieras quién soy aunque te dijera mi nombre».

«Eso no lo sabremos si no pruebas».

«Me llamo Michelle. Vamos al mismo colegio».

«Mmm..., tienes razón. No conozco a ninguna Michelle...».

«No puedo decir que me sorprenda».

«¿Y eso por qué, mi querida Michelle?».

Ya perdida en un mundo diferente, dejé que mis dedos volaran por la pantalla, hasta que oí que la puerta de Dylan se abría y se cerraba en medio del silencio. Al no saber si era Jason o mi hermano, oculté el teléfono debajo de las sábanas para que la luz no llamara la atención.

«Siempre hay mucha gente a tu alrededor. Supongo que eso no deja demasiadas oportunidades para que conozcas a personas nuevas. Pero, repito, quizá ya sabes quién soy».

«Es interesante. Nuestra amistad es muy reciente, Michelle, aunque en realidad no eres Michelle, porque me estás mintiendo, ¿verdad?».

«Yo no lo llamaría mentir. Digamos que soy una de tus muchas admiradoras, y soy un poco tímida. Solo quería hablar contigo».

«Te propongo un juego. ¿De qué te gustaría hablar?».

«Ni idea. Quizás puedas empezar diciéndome dónde estás y qué estás haciendo».

«Eso es fácil. Como estoy seguro de que no eres Michelle, sabrás también quién es mi amigo Dylan. Estoy durmiendo en su casa».

«Lo conozco, y sé que sois muy amigos, eso es todo».

«¿Quieres que te lo presente? Será como una segunda presentación para nosotros también».

«No es necesario».

*«Como quieras, nueva y tímida amiga.
¿De qué más te gustaría hablar?».*

«¿No te preguntas quién puedo ser...?».

*«Oh, otro juego.
Qué juguetona estás esta noche, chica misteriosa».*

«No es exactamente un juego para mí».

Pasaron cinco minutos sin que me llegaran más mensajes. Cuando se convirtieron en diez minutos, empecé a ponerme nerviosa, preocupada por si ya sabía quién era y no quería seguir. Me levanté de la cama y me puse a pasear por mi pequeña habitación. Cuando el espacio dejó de ser suficiente, me escabullí y bajé las escaleras en silencio para coger una botella de agua y distraerme con otra cosa.

Al entrar en la cocina vestida solo con una camiseta sin mangas y el pantalón del pijama, me detuve en seco, porque vi a Jason mirando por la pequeña ventana que había encima del fregadero.

—¿Jason? —susurré.

Se volvió hacia mí.

—Hola, peque —me saludó en voz baja. Sus ojos color chocolate parecían demasiado cansados para su corta edad—. ¿Qué estás haciendo despierta tan tarde?

Eché un vistazo de reojo a su móvil, que estaba sobre el mostrador de la cocina, pero me obligué a mirar hacia otro lado.

—Insomnio después de un mal sueño, supongo. No he podido volver a dormirme. —Abrí la nevera con indiferencia y saqué una botella de agua—. ¿Qué estabas mirando?

—Solo mi casa.

—¿Tu madre está bien?

—No lo sé, Olive. De verdad, no lo sé. —Soltó un profundo suspiro mientras cogía el móvil distraídamente y se acercó a mí.

—Puedes hablar conmigo de lo que te preocupa.

Se detuvo justo delante de mí; sus ojos eran casi invisibles en la oscuridad.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Sé que a veces estás inquieto por tus padres. Soy buena escuchando.

—Tienes razón, peque. Estoy preocupado por ellos, pero lo último que quiero en este momento es hablar de mis padres.

—Lo siento —murmuré, mirando el suelo.

—¿Por qué? Ven a buscarnos si necesitas algo, ¿vale? No creo que vayamos a dormir todavía. —Me dio un suave tirón del pelo y se fue.

Esperé unos minutos antes de volver a subir las escaleras.

Justo cuando estaba a punto de entrar en mi habitación y coger el teléfono, Dylan asomó la cabeza por la puerta de su habitación.

—¿Qué estás haciendo, Olive?

¡Maldición! ¿Es que no tenía otra cosa en la que entretenerse que no fuera hacerme la vida imposible?

—¿Qué estás haciendo tú? —repliqué, un poco molesta y nerviosa.

Inclinó la cabeza a un lado con el ceño fruncido.

—Vete a la cama, Olive. Ya es tarde.

—Eso es precisamente lo que estaba haciendo antes de que me detuvieras. —Levanté la botella de agua para que pudiera verla—. He bajado porque tenía sed, Dylan. No estaba haciendo nada malo.

Ninguno de los dos retrocedió. ¿Acaso no podía salir de mi habitación a beber agua porque su amigo estuviera durmiendo en casa?

—Déjala en paz, tío. —Oí la voz de Jason desde detrás de Dylan.

—Buenas noches, Dylan —dije por fin; luego me metí en mi habitación sin esperar respuesta. ¿Quién podía saber lo que le pasaba a mi hermano por la cabeza?

Me subí de un salto a la cama, busqué el teléfono bajo las sábanas y me asusté un poco al no encontrarlo. Me relajé en cuanto me di cuenta de que estaba debajo de la almohada.

Una vez más, se apoderó de mí una tonta sensación mientras revisaba los mensajes, aunque no me encontré más mensajes de Jason.

Mientras me acurrucaba, me dije que le enviaría otro mensaje más y luego lo dejaría y probaría suerte por la mañana, antes de que Amanda viniera a buscar el móvil.

«¿Qué? ¿Ninguna conjetura? Me sorprendes».

«Lo siento, estaba ocupado. ¿A qué estábamos jugando?».

Al adivinar la oportunidad, no pude evitarlo y la cogí al vuelo. ¿Me mencionaría?

*«¿Ocupado? ¿Ocupado con qué?
Ya tienes otra amiguita, ¿eh? Eres muy rápido».*

*«No me hagas reír. Me ha arrinconado la hermana de Dylan.
No es que haya caído en brazos de otra chica».*

Sin saber que mi corazón estaba a punto de romperse por primera vez, me tragué el dolor que me había provocado la palabra «arrinconado» y me obligué a enviarle un mensaje.

«¿Estabas con la hermanita de Dylan a las dos de la madrugada? Esto suena bien. Cuéntame más...».

«Es solo una cría. A veces es un coñazo, y siempre me está siguiendo, pero no es más que una niña. Aunque a veces se le olvida. Estoy mucho más interesado en saber quién eres tú. Estoy preparado para seguir jugando. ¿Estás lista para que descubra quién eres?».

Leí el texto mil veces, o quizá fue un millón. Se me escapó una lágrima por el rabillo del ojo, me tapé con las mantas y me acurrugué.

Apagué el teléfono lentamente y aparté las sábanas que me cubrían la cabeza para mirar el techo oscuro. En algún momento entraron dos mensajes nuevos, pero los ignoré. No, eso no es cierto: recuerdo haber cogido el teléfono y haber borrado todo antes de que aquellas palabras inesperadas pudieran hacerme daño de nuevo, pero en ese momento todo era borroso. No habría podido leerlas incluso aunque hubiera querido torturarme.

¿Un «coñazo»?

¿Lo había «arrinconado»?

Mi corazón se rompió en pedazos; de repente pensé no podría soportar ver a Jason por la mañana. No podía soportar dormir en la habitación de enfrente.

Moví las piernas para bajarme de la cama, sin darme cuenta de que le había dado una patada a mi propio teléfono, que se había deslizado hasta la puerta del armario.

Dylan irrumpió en mi habitación unos segundos después.

—¿Estás bien? Oliva, ¿qué ha pasado?

Miré a mi hermano secándome las lágrimas, pero aparecieron más y se deslizaron por mis mejillas ya húmedas.

Cuando se sentó en mi cama y me puso con ternura la mano en la espalda, lo abracé y escondí la cara en su cuello. Me abrazó.

Era un lugar cálido y seguro.

Escuché pasos al otro lado de la puerta, pero tenía demasiado miedo para levantar la cabeza y enfrentarme a Jason. No estaba segura de si podría volver a mirarlo a los ojos.

—Lo siento, ha sido una pesadilla —dije, con la respiración agitada, contra el cuello de Dylan.

—No pasa nada, hermanita —me consoló Dylan. Vaciló antes de seguir hablando—. Yo también lo siento.

Los días siguientes fueron un verdadero infierno para mí; no soportaba que Jason durmiera justo al otro lado del pasillo, ni soportaba estar sentada a su lado en la mesa. Lo peor era cuando lo miraba y me lo encontraba sonriéndome; yo sabía que eso no significaba nada en absoluto.

Quizás nunca hubiera significado nada.